

guen en la tierra, no es felicidad: un bien limitado, de satisfacer todas las aspiraciones del corazón, único que se alcanza en la vida, no es felicidad: un bien precario, como está sujeta á mil accidentes que un momento puede aniquilarle y que no puede dar un solo paso mas allá del sepulcro, no es la felicidad. Un bien puro, extenso de toda mezcla de mal, un bien sumo que abraza todos los bienes, un bien inmortal que no esté sujeto ni á las vicisitudes del tiempo ni á la ley de la muerte, he aquí la felicidad: felicidad que está en Dios y no puede hallarse fuera de Dios; felicidad que adquiere el que se salva, que pierde el que se condena; felicidad con que la Iglesia brinda á sus verdaderos hijos; pero felicidad que no conseguirán los que no están en la Iglesia, porque fuera de la Iglesia no hay salvación.

Amad pues, hermanos é hijos carísimos, á esta Madre rica y santa, que os recibe en la gracia, os apacienta con la doctrina, os dirige con la moral, os atrae constantemente á la virtud, os consuela en la tribulación, recogerá vuestro último suspiro y bendicirá la tierra que cubra vuestro cadáver, después de haber abierto á vuestras almas, purificadas con la sangre y alimentadas con el cuerpo de Jesucristo, las puertas del cielo.

### TERCERA

## INSTRUCCION PASTORAL

CARACTERES O NOTAS  
DE LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUÍA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHMOACAN, A LOS FIELES DE SU DIOCESIS.

*Carísimos hermanos é hijos:*

El símbolo de Nicea, que es el credo que la Iglesia canta en la celebración de la misa, al tocar el dogma de que os hemos hablado en la instrucción precedente, no se limita por cierto á decir *creo la Iglesia*, sino que añade: *una, santa, católica y apostólica*. Si pues ha sido muy conveniente para vuestra enseñanza el explicaros el sentido en que se toma la palabra *Iglesia*, cuando se la menciona como un artículo de fe, no lo es menos en verdad el deciros el porqué de estas cuatro palabras con que el expresado símbolo califica á la

Iglesia. Ellas expresan cuatro notas, señales ó caracteres, para dar á conocer á todos los fieles la verdadera Iglesia de Jesucristo, á fin de que no vayan á confundirla, por falta de instruccion, con alguna de las muchas sectas que, sin embargo de haberse desprendido de la autoridad suprema del Papa, pretenden llamarse, y se llaman de hecho con toda falsedad, verdaderas Iglesias.

Ya os hemos dicho que la Iglesia tiene tres clases, sin dejar de ser una, la de los justos que están en el cielo, la de las almas que están en el purgatorio, y la de los fieles que estan en la tierra: que la primera, se llama Iglesia triunfante, la segunda, Iglesia paciente; y la tercera, Iglesia militante. Siendo militante la Iglesia, es claro que ha tenido, tiene y tendrá siempre diversos enemigos que la combatan, y estará por lo mismo en una guerra constante con ellos. Por esto, hermanos carísimos, la historia de las persecuciones de la Iglesia es tan antigua como la Iglesia misma. Nace apenas, y ya la esperan con el brazo armado las sociedades paganas: adquiere la paz con el sufrimiento heroico de tres siglos, y los herejes que habian venido alarmándola de tiempo en tiempo, se multiplican prodigiosamente, propagan con osada intrepidez sus errores y la disputan el dominio del mundo. Triunfa gloriosa de los herejes, y ya se apercibe otro enemigo á suscitar contra ella una guerra todavía mas atroz. Todos los artículos del Símbolo habian sufrido terribles pruebas; pero uno de ellos, atacado tambien y triunfante desde el principio, vuelve á ser disputado. ¿Cuál es este artículo? el de la santa Iglesia católica. ¿Cuándo comenzó esta nueva guerra? en principios del siglo

diez y seis. ¿De qué manera se anunció? con la voz de *reforma*.

En efecto, en el Norte de la Europa se levantaron entonces algunos gébios turbulentos con el empeño loco de arruinar y destruir la Iglesia de Jesucristo. Comprendiendo que, si anunciaban clara y terminantemente su idea de destruir, no serian escuchados, eligieron un medio muy á propósito para seducir al pueblo: dijeron entónces, como ahora se ha dicho, que habia muchos abusos en la Iglesia, que se han introducido errores, que el clero se manejaba mal; que era necesario corregir esos abusos, destruir estos errores, hacer que desapareciese esa relajacion del sacerdocio: gritaron *reforma*, como ahora se ha gritado, y á la voz de reforma corrian como en tropel multitud de prosélitos engañados y seducidos, y á poco tiempo naciones enteras se separaron de la iglesia de Jesucristo y abandonaron el camino de la eterna salud, porque fuera de la Iglesia verdadera no hay salvacion.

¿No es pues, amados hijos, muy de temerse que nos vaya á suceder á nosotros lo que á tantos infelices pueblos, y que por no fijarnos en la doctrina de la Iglesia, por no atender á los caractéres que la distinguen, vayamos á tener la desgracia de salir de ella casi sin sentirlo? ¡Ah! es fácil y mucho, y por lo mismo la santa Iglesia quiere que sus hijos la estudien en su origen, en su carácter propio y en las notas ó señales que la distinguen.

Hay muchas sectas, en verdad, esparcidas por el orbe que dicen ser cristianas y no lo son, que dicen ser iglesias y no lo son, que esperan la bienaventuranza, y no conseguirán sino la reprobacion eterna. ¿Cómo librarse pues del peligro terrible de caer en

ellas? permaneciendo siempre en la verdadera Iglesia de Jesucristo. No hay mas que una Iglesia: luego el que no está en ella, no está en la Iglesia, no está en el camino, no se salvará. ¿Cuál es pues esta verdadera Iglesia de Jesucristo? la romana, esto es, la que está regida y gobernada por el Sumo Pontífice, como lo dice nuestro manual catecismo. ¿Y porqué esta es la verdadera Iglesia? porque ella, y solo ella es una, santa, católica y aposólica. Véamos pues en qué consisten estas cuatro notas ó caracteres de la verdadera Iglesia, y cómo no convienen mas que á la Iglesia romana. Tal será el objeto de esta instruccion.

I.

Consiste la unidad de la Iglesia en la unánime profesion de una misma fé, en la expectativa comun de unas mismas promesas, en la unánime participacion de unos mismos sacramentos, en la unánime sujecion á una misma ley, en la unánime subordinacion á un mismo poder ó gobierno.

La unidad de fe trae consigo la de la esperanza, ó mejor dicho, esta se funda en aquella, porque el que no cree, no puede esperar. La participacion de los Sacramentos está fundada en la fe y en la esperanza, pues los Sacramentos, como una institucion de Jesucristo, empeñan la fé como medios de justificacion, y afirman la esperanza. Todo pues hasta aquí esta fundado en la fe. La subordinacion á unas mismas autoridades y á una misma ley, constituyen la unidad social propiamente dicha, y esta unidad social en la Iglesia se llama unidad de comunion.

Esta doble unidad, hermanos é hijos carísimos, es de tal suerte necesaria, que sin ella seria vano el empeño de buscar la Iglesia legítima. La unidad de fe es la profesion de una misma verdad. Ahora bien, la verdad es una, nada mas que una; la multiplicidad es el error. La casa es casa y nada mas que casa, el árbol es árbol y nada mas que árbol, y de esta suerte la verdad en cada cosa no es mas que una. Si pues tratándose de cada uno de los artículos de nuestra fe, veis que en una misma sociedad unos creen una cosa, otros otra diversa ó contraria, &c., &c., ¿podreis reconocer en esta sociedad el pensamiento de Dios y la obra de Dios? ciertamente que no. Lo mismo debe decirse respecto del régimen: donde está la unidad está el orden, donde falta la unidad está el desorden. ¿Qué diriais de una casa en donde unos hijos se gobernasen por una ley, otros por otra, y así de los demas; que unos obedeciesen al padre, otros no le obedeciesen á él sino á la madre, otros ni al padre ni á la madre, sino á un extraño &c., &c.? ¿veriais aquí el pensamiento de Dios, el plan de Dios, el gobierno de Dios? No por cierto. Ved pues cuán indispensable es la unidad de fe y la unidad de régimen para la verdadera Iglesia de Jesucristo. Véamos ahora como los protestantes carecen de una y otra, y como estas dos cosas solo existen en la santa Iglesia romana.

“Las sectas protestantes no tienen unidad de doctrina: incontables son los puntos en que discrepan sus diferentes sectas, pues unas admiten la Eucaristía, otras la excluyen; unas admiten y otras excluyen algunos libros de la Santa Escritura, como el Apocalipsis y la Epístola de San Pablo á los

hebreos; y aun cada secta de por sí tiene una historia de contradicción pues no se han, sostenido siempre ni aun en la profesión de unos mismos errores. Los protestantes tampoco tienen tambien un mismo régimen: mientras los luteranos admiten y poseen obispos y sacerdotes, los calvinistas desechan unos y otros. Los anglicanos reconocen en el rey y la reina la cabeza de la Iglesia y la plenitud de la potestad, y entre estos unos admiten presbíteros y obispos, otros solo presbíteros, y así en todo lo demás. Su basa es el derecho del exámen privado: luego el principio doctrinal es la escisión, el cisma universal en materia de doctrinas; por lo demás, el mismo número de las sectas, provenientes de una sola, es un argumento incostestable, no ya de la inexistencia, sino hasta de la imposibilidad de todo régimen.”

No sucede lo mismo en la santa Iglesia romana; desde Roma hasta el último y mas pequeño de los pueblos que reconocen y veneran al Papa como la cabeza de la Iglesia y el Vicario de Jesucristo, veréis la misma fé, la misma esperanza, la misma ley, la misma autoridad, los mismos sacramentos, el mismo sacrificio, el mismo culto. Hombres que no conocéis, que no veréis jamas, separados de vosotros por los mares inmensos, colocados en remotos climas; hombres extraños absolutamente para vosotros en índole, caracteres, costumbres, idioma, &c., &c., piensan, hablan, obran en el mismo sentido que vosotros tratándose de la fé, la esperanza y la caridad: ese símbolo que repetís todos los dias, le repetin ellos tambien; esa oracion que hacéis, es la oracion que ellos hacen; este sacrificio augusto á que asistís, es el mismo á que asisten ellos; estos sacramentos que se os administran á

vosotros, son los mismos que reciben ellos: este ministerio que vosotros veneráis, es el mismo que ellos veneran: vuestra ley, es su ley; y ellos lo mismo que vosotros miran en la santa Iglesia romana la Iglesia de Jesucristo, en el Pontífice romano, la Cabeza y Vicario de Jesucristo, &c., &c., Ved, pues, de qué manera tan visible ostenta la santa Iglesia romana esta unidad que inútilmente buscamos en esas innumerables sectas desprendidas de la obediencia del Romano Pontífice. Pasemos á la segunda nota de la verdadera Iglesia.

## II.

“Consiste la santidad de la Iglesia en el carácter divino que la consagra en toda la extension de sus principios constitutivos, en el sistema de su accion, en la naturaleza de su objeto y de su fin. Si atendemos á su origen, reconocemos la santidad en Jesucristo que la fundó y que es su primera Cabeza; si atendemos á su fin, vemos la santidad en él, pues consiste nada ménos que en la santificación de los hombres; si consideramos los medios de que se sirve para llegar á este fin, vemos resplandecer la santidad en la doctrina que propone á la creencia, en los preceptos que propone á la conducta, en el culto que dirige á Dios; si atendemos á los miembros que componen la Iglesia católica, vemos resplandecer la santidad, no solo en los gloriosos miembros de la Iglesia triunfante y en los justos de la Iglesia paciente, sino tambien en muchos de la Iglesia militante.”

“Todos convienen, y entre ellos los protestantes, en que la iglesia verdadera debe ser santa en todos

estos sentidos, aunque los protestantes, siempre exagerados y fuera de la línea, proscriben de la Iglesia, negándoles el carácter de miembros suyos, á los pecadores, lo cual es un error.”

“Hay dos especies de santidad; una interna que solo á Dios es conocida, y otra externa de que dan testimonio los hombres. Déjase ya entender que no hablamos de la interna cuando consideramos la santidad como una nota señal de la verdadera Iglesia, sino de la externa, pues que toda señal debe ser visible y manifiesta como ya queda dicho. Véamos ahora la santidad en sus relaciones con las sectas y en su aplicacion á la Iglesia.”

“Los protestantes no tienen la santidad esencial á la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque carecen de esta santidad en su doctrina, en el sistema de las costumbres, en la conducta de sus primeros institutores ó gefes. ¿Porqué lo primero? porque donde no hay verdad no hay santidad, donde no hay unidad dogmática no hay verdad. Y ya vimos que los protestantes, léjos de tener esa unidad de doctrina profesan infinidad de errores en la diversidad de sus sectas. ¿Porqué lo segundo? porque sus máximas, no solo no conducen á la santidad, sino que apartan de ella. Ellos sostienen que los escogidos no pueden perder la justicia, que esta es incompatible con los crímenes mas horrendos; excluyen la necesidad de las buenas obras para salvarse, y limitan el título de condenacion á solo la incredulidad: sostienen que las leyes no ligan la conciencia, y otras cosas por el mismo tenor que, lejos de conducir á la santidad, minan desde sus cimientos el edificio de la virtud y acaban con los verdaderos principios de la moral. ¿Por qué lo tercero? porque

ya se sabe quiénes fueron Lutero, Calvino, Teodoro de Bezé, Melanchton, &c., sacerdotes ó monjes apóstatas, soberbios, pendencieros, gulosos, impúdicos, &c., &c., y esto sin llamar á cuenta el primer hecho de su inmoralidad, su escandalosa separacion de la Iglesia.”

“No sucede así con la Iglesia romana: sus milagros, su celo para propagar la doctrina y convertir á los errantes, son el grande asunto de su historia. En ella vemos obrarse una série prodigiosa de milagros que han servido nada ménos que de pruebas, entre otras; para fundar la beatificacion y canonizacion de sus hijos: no los enumerarémos, porque nadie los ignora y porque seria necesario llenar un volúmen. Su celo para propagar la doctrina está de manifiesto en la historia de su apostolado, en los anales de sus misioneros, en la accion constante de su sacerdocio, y para decirlo en una palabra, en la conquista cristiana del mundo.”

“Concluyámos: la Iglesia es santa en todo sentido. “Su gefe es Santo, es el mismo Jesucristo, el Santo de Dios, *el Santo de los Santos*, como le designa la Escritura. (1) Su doctrina es santa, porque es la doctrina del mismo Jesucristo; doctrina que él bebió en el seno de su Padre, como se explica San Juan: (2) sus leyes son santas, son el Evangelio mismo, la ley de Dios en toda la magnífica plenitud y consumacion que le dió Jesucristo: su culto es santo: porque en ella y solo en ella encontramos el verdadero templo, el sacrificio legí-

(1) Marc. cap. I, v. 24. Luc. cap. I, v. 35. Dan. cap. IX, v. 24.

(2) Joann., cap. I, v. 18: cap. VII, v. 16.

timo, esa oblation pura que debia ofrecerse al Señor en todos lugares, segun la prediccion de Malaquías. (1) La Iglesia es santa en sus votos, como dice San Optato, (2) santa en sus sacrificios, santa en su ministerio, en sus ceremonias, en todas las prácticas que ella emplea para honrar á Dios: santa en sus sacramentos, pues por ellos Jesucristo la santifica: santa en su espíritu, porque está regida por el Espíritu Santo, y porque este espíritu de santidad ha hecho nacer estas virtudes eminentes que habia olvidado ya el pueblo escogido, y que no llegaron á conocer ninguna de las muchas y vastas regiones del paganismo: santa en la parte mas noble de sus miembros; porque si esta parte es un número pequeño comparado con el de los malvados, es en verdad grande en sí mismo, como dice tan oportunamente San Agustin: (3) santa en fin, porque fuera de ella no puede haber, cuando mucho, sino una simple apariencia de santidad. No puede negarse que hay fuera de la Iglesia personas que practican virtudes morales, personas de honor, de probidad, que gozan el título de compasivas y caritativas; pero esto, que parece bueno fuera de la Iglesia, constituye un follage, mas no produce frutos verdaderos donde no está el espíritu de Jesucristo, ni este espíritu puede poseerse ó hallarse sino en la Iglesia de Jesucristo.” (4)

(1) Malach., cap. I, v. 11.

(2) Lib. cont. Parmen.

(3) Lib. de unit. eccles.

(4) Aug. lib. de Patientia.

III.

“Pero la Iglesia verdadera debe ser y es en efecto, no solamente una y santa, sino tambien católica. Católica significa universal; y la verdadera Iglesia se ha distinguido constantemente con este nombre, porque encierra todos los tiempos en su duracion y todos los lugares en su extension. Abraza todos los tiempos en su duracion: todos los tiempos han sido hechos para ella, y á fin de conducirla á la eternidad: á ella pertenecen todos los justos y todos los santos de todos los siglos; los del Antiguo Testamento, lo mismo que los del Nuevo: verdad que hizo decir á San Pablo, que estamos fabricados sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas; porque nuestra fe está fundada sobre la de ellos, y con ellos entramos en la construccion del mismo edificio, cuya piedra angular es Jesucristo en persona: (1) y esto no solamente porque Jesucristo reunió en su predicacion á los judíos y á los gentiles en un solo cuerpo, sino tambien porque juntó á los padres con los hijos, (2) dando una misma fe á los padres del Antiguo Testamento y á los fieles del Nuevo. La Iglesia de todos los tiempos no es mas que un solo árbol, cuyo vástago son los patriarcas, cuyo tronco fue largo tiempo el pueblo judío: tronco en que los gentiles fueron ingertados despues (3) y sustituidos á los judíos incrédulos, y que habiendo estado mucho tiempo circuncrito á un espacio reducido, extendió por últi-

(1) Efes. cap. II, v. 20.

(2) Luc. cap. I, v. 17.

(3) Rom. cap. XI, v. 17.

mo sus inmensas ramas á todo el universo y cubrió con su sombra toda la faz de la tierra. (1) Pero si todos los tiempos le pertenecen, no le son menos propios los lugares todos: No está limitada, dice San Agustin, (2) como ciertas repúblicas, ó como las sectas heresiarcas encerrada en una provincia ó en un reino, sino que se extiende á todos los hombres y abraza las naciones todas. Comunicase á los escitas y á los bárbaros, reúne en su seno al señor y al esclavo, pues que su gefe nos ha rescatado á todos con el precio de su sangre, y este es el idioma que hablamos todos de cualquiera pueblo que háyamos salido. El nos ha reunido en un vasto imperio, que es el reino de Dios. Desde el oriente hasta el occidente, desde el medio dia hasta el Septentrion, ha hecho la Iglesia brillar el esplendor de una misma fe, que dispó las tinieblas de la idolatría que se habian extendido por toda la faz de la tierra. Esta catolicidad, ó universalidad, de la Iglesia está manifestada de mil modos en la Escritura Santa. A este carácter de la Iglesia miran aquellas bendiciones de Abraham que habian de caer sobre todos los pueblos del mundo. (3) "Convertiránse al Señor, exclamaba el Profeta-Rey, hasta los últimos confines de la tierra, y á su presencia le adorarán sin restricciones todas las familias de los pueblos." (4) "Os he dado una luz que ha de brillar sobre la tierra," decia Dios al Verbo por el órgano de Isaías: (5) Malaquías nos

- (1) Ps. LXXIX, vv. 11 y 12.
- (2) Apud. catech. Rom. par. I, cap. 10, §. 16.
- (3) Genes. cap. XXII, v. 18.
- (4) Ps. XXI, v. 28.
- (5) Is., cap. XLIX, v. 6.

habla de un sacrificio que habia de ser ofrecido en todos los pueblos, de un cabo al otro del mundo. (1) Por fin, el mismo Hijo de Dios nos enseña que su Evangelio seria publicado en todo el universo; (2) y esta es la orden precisa y terminante que dió á sus apóstoles ántes de subir á los cielos." (3) \*

IV.

"Pero si la Iglesia es una, si es santa, si es católica, tiene al mismo tiempo otro privilegio que constituye su gloria y es la última señal de distincion con que podemos reconocerla: este privilegio consiste en ser apostólica. Los apóstoles son sus padres: ellos la establecieron y la llenaron de fecundidad por su ministerio. Ellos abrieron esa brillante sucesion de Pontífices y de Pastores que se ha sostenido siempre contra el poder conjurado de los abismos, que no han sido parte á interrumpir ni el brazo de los césares, armado por tres siglos de las mas sangrienta persecucion, ni el poder anárquico de todas las doctrinas heréticas, que no han dejado pasar sin sus huellas un solo siglo, ni el principio destructor de la inmoralidad que ha gangrenado naciones enteras, ni esa filosofía multiforme que se ha revestido de todos los aspectos, que ha ensayado todos los sistemas, que ha hecho todos los sacrificios, y que, adunándose con la política contra la Iglesia,

- (1) Malach., cap. I, v. 11.
- (2) Math. cap. XXIV, v. 14.
- (3) Math. cap. XXVIII, v. 19.

\* Duclot. Explicacion historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne et catholique. Discours XXXII. (Extracto.)

ha trasformado los imperios florecientes en vastos cementerios. En cualquier punto de su cronología que tomemos la historia de la Iglesia, hallamos atada la sucesion de los Pastores de una manera tan íntima y tan segura, que sin el menor esfuerzo nos vemos conducidos hasta Pedro y sus hermanos, primeros delegados de Jesucristo, primeras autoridades del nuevo reino. La Iglesia es pues apostólica.”

“Buscad ahora, hermanos carísimos, este alto carácter en esas sectas protestantes desprendidas de la obediencia de Roma. ¿Dónde está su cuna, donde su apostolado, dónde sus títulos, dónde sus tradiciones? Un protestante, á pocos pasos que retroceda, encuentra su origen en la insolencia de un monje orgulloso y en la accion atentoria de un monarca prostituido. ¡Bello origen de las sectas protestantes! Seria necesario, por el mas estupendo de todos los absurdos, suponer que Lutero y Enrique VIII, al tiempo mismo de lanzarse contra la silla de Pedro, reasumieran en sus personas la mision de Jesucristo y apostolado. ¿Y qué clase de apóstoles son estos, que marchan siempre por una série de errores, que quitan á la verdad religiosa su carácter dogmático, al dogma su autoridad, y á la autoridad su institucion católica? ¿Qué apostolado es este que predica dogmas contradictorios, que renuevan herejías fenecidas, que sanciona máximas proscritas? ¿Qué apostolado es este, donde vemos ya cortada en muchas partes la sucesion de hecho, pues la de derecho jamás la tuvieron? ¿Qué apostolado es este, que excluye una parte de las Escrituras canónicas, y en donde cada razon individual tiene el derecho de la interpretacion y la clave de la inteligencia? ¿Qué

apostolado es este compuesto de una reunion de proscritos, cuyos errores están oprimidos con la autoridad canónica de diez y ocho siglos? ¿Que apostolado es este que apela á las potestades temporales para depositar en ellas la soberanía espiritual, y que no obstante este poderoso valimiento y todos los alicientes del poder, del influjo, de las riquezas y de las pasiones, se está esterilizando mas y mas y sufriendo á cada paso humillantes derrotas en el campo de la controversia, é ignominiosos reproches en la conversion de muchos miembros ilustres?”(1)

V.

Tales son, hermanos é hijos carísimos, las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo: os las hemos explicado en el orden mismo en que las coloca el símbolo de Nicea. La verdadera Iglesia debe ser una, santa, católica y apostólica. La falta de cualquiera de estas notas basta, como lo habeis visto, para que no haya verdadera Iglesia. Os hemos dado á conocer, aunque muy sucintamente, ese gran cisma, ó lo que es lo mismo; esa separacion escandalosa verificada en el siglo XVI, que sacó del seno de la verdadera Iglesia naciones enteras. Al explicar cada una de estas notas ó caracteres, hemos tenido cuidado de hacer la conveniente aplicacion tanto á la Iglesia romana como á las sectas

(1). Lo que está entre comillas lo hemos tomado de nuestra obra intitulada: “Exposicion histórica, dogmática y moral de la doctrina católica.” Libro nono, artículo segundo, capítulos VII, VIII y IX.



